

El tiempo perdido de Bianco

César PÉREZ GRACIA

En su reciente y magnífico libro de **Memorias**, Bioy Casares nos dice en la página 96: "A Bianco, un excelente escritor y uno de mis amigos más queridos, hay que atribuirle mucho de lo mejor que ocurrió en **Sur**". El elogio es tan breve como intenso. La estampa de Bianco que traza Bioy, lo presenta como admirable traductor de Henry James y su famosa **Otra vuelta de tuerca**.

José Bianco (Buenos Aires, 1909-86) fue secretario de la revista **Sur** desde 1937 hasta 1961. Autor de dos novelas breves, **Sombras suele vestir**, 1941, y **Las ratas**, 1943, publicó un volumen de relatos –**La pequeña Gyaros**, 1932–, pero su obra más conocida se recoge en sus volúmenes de ensayos como **Ficción y realidad** (1946-1976), y en su excelente oficio de traductor, **La cartuja de Parma** de Stendhal, los ensayos de Valery, o la citada por Bioy Casares de Henry James. Pero la obra que motiva este artículo es su gran novela final **La pérdida del reino**, 1972, publicada al cabo de tres décadas de silencio narrativo.

La literatura argentina de este siglo podría sintetizarse como el siglo de las tres B: Borges, Bianco y Bioy. Los tres son producto de la fertilidad cultural de la revista **Sur**, espejo argentino –y en cierta forma su heredera y sucesora– de la **Revista de Occidente**. Quizá para el próximo centenario del 98 sería muy útil y esclarecedor estudiar la secuencia de tres grandes revistas hispanoamericanas –**Revista de Occidente**, **Sur** y **Vuelta**– porque lo más notable del siglo ha dejado su huella allí.

Leer y descubrir una gran novela sin el menor prejuicio que tiña o intoxique el curso de la lectura es un placer digno de los dioses. Yo no sabía nada de Bianco cuando un día tropecé con su novela y la leí paladeando cada una de sus páginas en un infinito verano de Zaragoza. No saber nada de un escritor es al mismo tiempo un bochorno y una delicia. El bochorno por la ración de ignorancia que hay que asumir. La delicia porque uno descubre por sí mismo la grandeza y esfuerzo de asistir al desvelamiento insospechado de un gran libro y un gran autor. No voy a tener el

atrevimiento de sugerir o sostener que Bianco es tan gran escritor como Borges. No se trata de fingir una escaramuza o un grotesco campeonato literario.

Es todo mucho más sencillo. **La pérdida del reino** es una novela tan hermosa y de una trabazón tan lograda que puede figurar sin el menor complejo entre las obras maestras de la novela hispanoamericana.

Onetti, Carpentier, Mallea, García Márquez, Vargas Llosa, Fuentes, Lezama... es obvio que no resulta fácil superar ese nivel. La cuestión se complica si advertimos que el relato ha sido el género predilecto de Borges. Borges no ha escrito novela. Creo que Onetti le gastaba cierta broma: a usted deberían encerrarlo en una celda y no dejarlo salir hasta que escribiese una novela. Pues bien, en el silencio narrativo de Bianco durante tres décadas, me parece advertir esa autocelda de castigo de la lenta incubación y redacción de una prodigiosa novela.

El título procede de un verso de Rubén y su primera frase dice así: "Hay hombres favorecidos por los sueños". Bianco inicia una reflexión sobre el tejido exacto de los sueños del narrador y nos inocula sin darnos cuenta un sutil y lúcido tono de voz que nos va a acompañar durante toda la novela: "tan vacíos y a la vez tan colmados de insignificancias como el más tedioso de mis días". Un tono de serenidad analítica que parece la clave de su prosa y le permite horadar todo espejismo chino con insólita soltura. Cito de memoria: por mis sueños desfilan desconocidos. "Acaso, reflexiono, he podido contemplarlos noches pasadas en otro sueño". Ese proceso de gradación y análisis, evidencia una mente y un tamiz emotivo muy peculiar, lo que me adelanto a bautizar como el **tono blanco**.

La pérdida del reino tiene 500 páginas en su edición española de 1987. Las primeras sesenta páginas sirven para sentar las bases de su curiosa trama. El narrador es un culto editor de Buenos Aires que conoce al escritor Rufo Velázquez, hacia 1942, cuando los japoneses tomaron Singapur —llave del Imperio Británico—. Al cabo de los años, Rufo regresa enfermo a la capital argentina, y decide entregar un borrador de hipotética a su amigo editor, con la condición de que la tamice y corrija. El resultado es una novela al alimón, obra cruzada de dos autores. Las primeras 77 páginas tienen algo de preciosa novela corta de Henry James, escrita en primera persona por el editor y coautor de la novela propiamente dicha que le sucede y que está narrada en tercera persona. No sé si es un buen símil, pero imagínese el lector **Los papeles de Aspern** como prólogo de la novela sobre Aspern. Así está compuesta la novela de Bianco.

Esa novela-prólogo no tiene desperdicio. Su atmósfera de vida intelectual argentina tiene algo de aureola dorada de **Sur** y Victoria Ocampo (Luisa Doncel?). Las **Memorias** de Bioy pueden servir de base a esta conjetura. Rufo es la imagen viva

del escritor fracasado o no logrado en la medida previsible. Un síndrome universal de todo hombre de letras, obviamente. Los diálogos entre Rufo y su futuro coautor tienen ese aroma ácido de las ilusiones literarias teñidas de amargura. Hacerse amigo del lector, ganarse su confianza. Bianco tiene una enorme facilidad para deslizar lo más arduo con absoluta naturalidad, ese tono de coloquio intelectual ajustado que todavía no es snob. La audacia callada, el atrevimiento sigiloso. Estas páginas iniciales se asemejan a ese mundo descrito por Mallea y Mújica, la burguesía bonaerense en su fugaz edad de oro. Esa tensión vital y cultural en un pulso perenne con las grandes urbes de Europa y que son la mejor herencia de la fertilidad americana. La emulación de Florencia, Madrid, París o Londres y Berlín, como réplica constante desde la inmensa ciudad portuaria argentina. Conviene recordar, que todavía en pleno siglo XVIII, cuando Voltaire compuso su famoso **Candide** en 1759, la América civilizada era Buenos Aires. Nueva Inglaterra apenas una modesta colonia. Candide no se pierde en Boston, qué le vamos a hacer, la historia es terca. Bianco esboza su propia teoría de la novela en páginas donde hace dialogar a un Rufo platónico y un editor-narrador proustiano. La prosa de Bianco goza de una rara sobriedad intelectual que le permite aventurarse por las más sofisticadas sendas de la especulación vital como quien visita y conoce el laberinto de la introspección de forma cotidiana y espontánea. En esa hora difícil y patética de las conversaciones nocturnas que tiene un vago pronóstico de postumidad, Bianco hace dialogar a sus dos coautores y nos transmite esa sensación cruda del límite cronológico de toda vida humana. Víspera del aniquilamiento, diría Salinas. Un buen escritor, un gran escritor como Bianco, se trasluce y aflora con una simple frase lograda. Es la sacralización medieval del detalle cósmico. La frase dice así: A medida que él iba perdiendo su reserva, me la comunicaba a mí. Se trata de una sutileza fantástica, así me lo parece, de esa hora última de las vidriosas confidencias. El desnudamiento moral como una forma obscena de sinceridad. No digo ésto a humo de pajas. Soy aragonés y creo conocer un poco el abuso de la franqueza brutal en Marcial, Gracián, Goya, Cajal, Jarnés o Buñuel. Esa pérdida de la reserva personal y consiguiente exhibicionismo nihilista, siempre conduce al mismo sitio, el latido siniestro del monstruo. Bianco nos ofrece ahí un gramo de oro de auténtica sabiduría vital. Ante el asomo de barbarie psíquica del interlocutor, no hay otra salida airosa que enclaustrarse en la más radical privacidad. Como diría Rimbaud, par delicatesse he dilapidado mi vida. Bianco resume en una frase la esencia misma del tiempo personal reasumido mediante la reflexión. En su forma de decir —a medida...— se advierte su enorme tino para reflejar la mudadiza entraña del tiempo psíquico, del sinuoso río de la memoria. A medida que uno avanza en la vida, en ese espejo terco de las horas que pasan, a medida que uno lee nuevas páginas de Bianco, se percata de su virtuosismo literario. Una prosa tan sobria en su medida ornamental que parece sencilla y al alcance de cualquiera. Ahí reside, sospecho, la suma elegancia del escritor argentino. Pero frente a esa pasión discreta por el detalle, no hay que perder de vista lo que no me parece desacertado llamar la cartografía de su novela. Repito que **La pérdida del reino** son dos novelas en una, la primera viene

a ser **Los papeles de Velázquez** y es una novela breve de 80 páginas, la segunda es la autobiografía en tercera persona de Rufo Velázquez que comprende las restantes 420 páginas, divididas en 28 capítulos.

Al igual que algunos relatos de Borges fingen reseñas fantásticas de obras imaginarias, que le permiten sintetizar en diez páginas el mito de la biblioteca de Alejandría y sus azarosos tesoros, Bianco decide apostar por un sendero opuesto, la novela río del XIX.

La prueba de que sale airoso del reto es ésta novela que intento comentar en estas modestas palabras. Cuando en su día, le describí mi sorpresa a Emilia de Zulueta, por descubrir un novelista del 27 en su país, se desvanecía una vez más, gracias al arte literario, ese murallón de plomo que es el tiempo muerto y estancado, que a todos nos consume y envenena. En Bianco me parecía ver la estela de Jarnés, la novela española a la altura estética e intelectual del siglo XX. Un derrotero fulgurante que truncó la guerra civil y que en España apenas rebrotó. **Alfanhuí** de Ferlosio, la novela lírica como excentricidad en una época dominada por el tremendismo, el expresionismo de veta solanesca. Bianco era la demostración palpable de que **Sur** había retomado la antorcha del 27. Una prosa bien afinada, una lucidez intelectual impecable, una gran elegancia literaria, se trataba de un tesoro digno de divulgar a los cuatro vientos.

Bianco hace gala de una erudición contundente. Borges menciona el vapuleo a Caillois en cierta velada memorable. Cuando cita a Voltaire: "el alma tiene su manantial entre dos cloacas", nos lleva una vez más al límite. No sé yo si entre Troya y Alejandría hay hueco para Atenas y las novelas de Platón. Voltaire sigue el rastro de Montaigne, en cuyos ensayos podemos leer que nuestras delicias y bazofias van tan al alimón, que sin duda —como afirma Platón— el hombre es un juguete de los dioses. Bianco apunta a ese afán y deseo de mostrar la verdad humana a secas, igual que un grabado de Goya, **El vergonzoso**, cuya cara es el espejo de su vientre. No es casualidad esta devoción goyesca de Bianco, cuando nos dice: volvía a su obsesión, como el perro a su vómito (página 254). Es la cultura bíblica del autor. El emblema 92 de Covarrubias representa a ese can saturnino, desayunándose con sus miserias, y Goya en sus **Desastres**, recrea esa atroz estampa con su **Fiero monstruo**, una rata gigante que no se sabe si devora torsos humanos o los expulsa cansada de su hartazgo. Pido al lector excusas por esta excursión pedante, pero quizá convenga airear ese trasfondo sombrío y reticente de Bianco. Un lector de la Biblia, acaso un lector volteriano bíblico que lo convierte en una especie de ilustrado rezagado de Argentina, como si Bianco hubiese conversado con Candide en su estancia bonaerense. En cierto modo, en Bianco, al igual que con Jarnés —y los grandes maestros Unamuno y Ortega— retomamos lo mejor de la herencia cultural hispánica, el relevo de Cervantes y Velázquez.

No creo que la costumbre de resumir el argumento de un libro sea nada saludable. Pero conviene repetir que nada puede suplantar la lectura real e íntegra. **La pérdida del reino** nos cuenta la fatalidad sentimental que persigue a Rufo Velázquez durante toda su vida, la Circe que provocó el asesinato de su padre, reaparecerá por medio de sus dos hijas –Inés y Laura– para desconcertar al héroe atrapado en tan perversa trama. Como si padres e hijos estuviesen sometidos a un destino ciego. Frente a esta trama central del imperio de Circe (Morocha Hurtado) existe una sub-trama que vincula a la madre de Rufo con un amante de Morocha Hurtado. No me pregunten por qué el héroe se llama Velázquez de apellido. La novela de Bianco no es las Meninas, pero, caray, está sembrada de hermosos e inquietantes espejismos. Prefiero no invitar a Freud a desvelar lo indesvelable. La conjunción de su pasión por el detalle y la maestría de su río argumental –la cartografía de sus afluentes– desde el nacimiento hasta el delta novelesco, hacen de esta novela una auténtica obra maestra. Y debo añadir algo importante. Bianco no hace alardes de genio vanguardista, sabe lo que busca y quiere. Tiene la enorme elegancia del último magisterio vital, la discrección, la sobriedad, la medida intelectual, literaria, estética.

Las páginas de la infancia en el colegio jesuita nos remiten a Miró o Joyce. Pero es evidente que la novedad consiste en el peculiar estilo y trama de Bianco. La adolescencia y mocedad universitaria entre rural y urbana, oscila entre el puritanismo infantil (Loyola) y la ilustración libertina (Voltaire), una atmósfera literaria que Jarnés culminó en **Teoría del zumbel** y **Locura y muerte de Nadie**. En cierto modo, Jarnés y Bianco retoman la novela libertina dieciochesca de Rousseau y Laclos, que después del siglo del humo puritano, rebrota en Proust o Joyce, en Mann, Faulkner o Nabokov. Jarnés y Bianco son la prueba palpable de ese dieciochismo rezagado de la lengua española. Es justamente el salto de tono vital entre el trágico puritanismo de Unamuno y el optimismo libertino de Ortega. Pero quizá estoy fingiendo esquemas demasiado tajantes. Lo cierto es que tanto Ortega, como Bianco y Jarnés, padecen ramalazos de signo contrario, en muchas ocasiones las páginas se adensan con una gravedad genuina que no es sino el sentimiento trágico del amor. **La pérdida del reino** es un buen ejemplo de ello: "todo el pasado ascendía a la superficie. Ahora sí que sentía odio hacia su padre".

Bianco ensaya en esas páginas el espanto de la verdad (453-454 páginas), que acaso suene con ese tono burlón que en España tiñe el ámbito de la tragedia. Las tragedias grotescas de Baroja, los trágisainetes o esperpentos de Valle-Inclán. No olvidemos que la máxima tragedia española es una novela cómica, Don Quijote. Y no hay modo humano de escapar de la propia cultura. Bianco nos da en su prodigiosa novela el mejor ejemplo.

La novela de Bianco tuvo una redacción primeriza entre 1950 y 1955. Dejó pasar quince años y los amigos lo martirizaban con su conclusión. Emilia y Enrique Zuleta

entre ellos. Y por fortuna los escuchó. A partir de 1970, un novelista sesentón, dueño de una lucidez y oficio envidiables, se puso a la tarea durante año y medio y concluyó la obra, que se publicó en 1972.

En **Ficción y realidad**, demuestra su enorme fondo y hondura de lector tenaz y certero. Lo mismo celebra el centenario de Proust en 1971 que polemiza sobre el Voltaire de Mitford, igual nos recuerda que Vargas Llosa descubrió a Faulkner gracias a **Sur**, que exhibe un gramo de orgullo por su traducción de **The next time** de Henry James. He ahí el legado cierto y fantástico del nivel cultural y literario de la mejor Argentina: Borges, Bianco, Bioy. En España sólo encuentro ese mismo nivel en Benet –traductor de Scott Fitzgerald y fanático lector de Faulkner– y en Javier Marías, al que Benet llamó Erasmo de la traducción (Browne, Sterne, Conrad). La herencia del 27 ha sido larga y sinuosa, plagada de turbulencias, pero ha merecido la pena verla resurgir y aflorar cuando este viejo siglo termina.

La última parte de la novela transcurre en París. Lo más notable a mi modo de ver es el retrato del México peregrino, la familia del Príncipe Mixteco. Esa curiosa visión de un París azteca y porteño, en idéntica perspectiva que Henry James cuando convertía Roma en un barrio bostoniano o neoyorquino. El París de Bianco no refleja nada similar al París bohemio de **Rayuela** de Cortázar. Tal vez coinciden en la ciudad complementaria. Bianco consigue ofrecernos un París muy peculiar, el París azteca que le sirve para objetivar y distanciar el París argentino de Rufo Velázquez, un París de Proust difuso y desleído que encuentra un epílogo canalla en Genet. Por último, el héroe noveliza su autobiografía simultáneamente al diagnóstico de su enfermedad y sus vacaciones en Italia, como epílogo a su regreso y muerte en Buenos Aires.

El fugaz episodio de Italia nos recuerda el mundo de Henry James, Mann, Baroja o Lampedusa. El héroe enfermo frente a la belleza. Lo redimía su afán de verdad. Traiciones, melancolía, sexo. Las rocas junto al mar le parecen un rey Salomón viendo pasar las hormigas. Veracidad y lirismo tiñen sus páginas.

Pero antes de concluir este breve comentario sobre la gran novela de Bianco, quiero mencionar la extraña sensación que experimenté al descubrir el silencio o paréntesis curioso sobre España. El barco que lo lleva a Europa recalca en Dakar y Casablanca, y de un salto se planta en El Havre. El regreso lo lleva a cabo desde Burdeos. Es obvio que Bianco prefirió el silencio al agravio sobre la España negra de la dictadura. Cuando pude leer –gracias a mi amiga Emilia de Zuleta– las páginas de **Ficción y realidad**, encontré la mejor respuesta a mi desazón. Allí está el retrato de Mika, miliciana en la Moncloa y Sigüenza, y unos versos de Cernuda, que aquí la causa aparezca perdida, nada importa. Pero veamos la página 371 de la novela: La segunda guerra mundial prolongó la guerra civil española. Después que ganó el Caudillo, como lo llamaban también los nacionalistas argentinos, un hombre se dispu-

so a conquistar y expoliar el mundo entero. Rufo, distanciado ya de muchos amigos, rompió definitivamente con ellos cuando se hicieron partidarios de Hitler. "La cita es holgada pero ilustra sobre el tiempo histórico de la etapa final de la novela, la postguerra europea.

Borges tildó al estilo literario de Bianco de clásico. Nada menos. Los símiles que utiliza para reflejar su invisible armonía son el aire y la transparencia del cristal. En las páginas africanas de su novela se aprecia mejor ese estilo tan suyo: tenía la sensación de que hasta entonces no había visto colores. Bianco describe allí –página 382– el síndrome de Matisse, ese súbito rejuvenecimiento o lozanía visual que parece remozar el mundo como en un día primero y único del Génesis. Esa inocencia sensual tiene todo el valor de una categoría estética plena. De hecho una buena novela genera su ley interior, una guía espiritual reducida a su aventura de sensaciones y reflexiones más modestas. Filtrar y cribar el legado de ideas hasta hacerlo confrontar con la experiencia real. "La inmortalidad me molesta. Me gusta que los hombres mueran, como mueren todas las cosas, y que los prolonguen otros hombres semejantes a ellos: humanos, falibles, corruptos, percederos". Bianco trata de cavilar ahí sobre su teología personal, en un sendero estoico que lo aproxima a Séneca o Machado.

"Casablanca parecía un suburbio de Buenos Aires" me parece recordar que dice Bianco, resumiendo el mundo de su novela a un curioso portocentrismo. Es justo en esa travesía atlántica hacia el Havre, donde echo en falta una escala ibérica en Cádiz o Lisboa o Vigo. Pero ya hemos visto la razón de esa laguna española. De hecho **La pérdida del reino** tiene algo de maldición española, pero resulta obvio que nuestra lengua común sale airosa y fortalecida con nuevos vigores literarios.

En su reciente **The Western Canon**, 1994, Harold Bloom considera a Borges uno de los faros del siglo XX. Incluso le sirve para descifrar –si el verbo no es excesivo– al autor de Hamlet. Significa el reconocimiento pleno de la literatura española, donde Cervantes y Borges vienen a ser los atlantes del futuro de nuestra lengua, en equidad con Dante, Shakespeare, Montaigne o Goethe.

No podemos saber el rostro exacto del tiempo que vendrá, cómo sera la faz del fantasma brumoso del futuro, pero es bastante probable que un lector de lengua española pueda sentir placer hacia el año 2050, leyendo la hermosa y magnífica novela **La pérdida del reino**. El mismo año en que Bloom publicaba su obra maestra de la literatura comparada, fallecía en Harvard el maestro Harry Levin, al que Bloom otorga el epíteto de sabio acerca de Joyce. Como homenaje a su memoria y su legado –del que modestamente me siento un lejano heredero– quiero recordar aquí mi deuda y agradecimiento al profesor Pérez Gállego, a las infinitas horas de caminatas y conversaciones literarias y mundanas por las calles de Zaragoza y Madrid, sin las cuales –sin la menor duda– la vida habría sido insoportablemente más aburrida. Esa

lección noble de fraternidad entre las mejores literaturas la he aprendido de él. Cuando Bianco traduce a Henry James, o Borges lo hace con Faulkner, nos están demostrando esa última lección de porosidad intelectual hacia la gran literatura sin fronteras. Hay que dejar siempre una ventana abierta al mundo mejor. Se corre el peligro de pillar una pulmonía y no atravesar entero el invierno, pero el riesgo es hermoso y da euforias nuevas a la mortecina o apagada vida.